

Homosexualidad, cuerpo y danza. Mi ruta

Francisco Javier Ponce Orozco

*La dialéctica entre el individuo y su entorno es la base de nuestra realidad,
como también lo es el hecho de que el cuerpo es receptor,
transformador y generador de la existencia.*

Barnsley

“Dios te hizo hombre”, esta frase resonó en mi mente de manera peculiar durante gran parte de mi infancia y mi adolescencia, aún hoy en día hay ocasiones en las que no me puedo desprender de cierta culpa o incertidumbre por no saber qué es exactamente lo que significa ser hombre y por no seguir la ruta trazada por la heteronormatividad para alcanzar la masculinidad. Tener que obedecer, responder y comportarme de acuerdo con los planes que un ser divino y una sociedad androcéntrica tenían destinados para mí, ha sido un lastre, es como tener una

cicatriz que aunque se atenúa con el paso del tiempo, sigue impresa en la piel recordando la herida.

Cuando mi papá, mi mamá o algunos familiares me decían a modo de consejo o advertencia que “Dios me había hecho hombre”, tales palabras representaban para mí una sentencia de cadena perpetua, con tal aseveración quedaba condenado en dos sentidos: uno, a ser y comportarme como usualmente lo hacen los seres humanos que nacen con pene y testículos, es decir, quedar a merced del sexo por asignación, al que Álvarez-Gayaou y Camacho (2013) refieren como “El que se asigna a los individuos al momento del nacimiento en función de sus órganos sexuales pélvicos externos y que los condiciona a un lugar determinado dentro del contexto social” (p. 4). O, por el contrario, encender las luces de una orientación de género que no necesariamente se ajustaba al binarismo hombre-mujer del paradigma androcéntrico-moderno (Bordieu, 2000), y destellar con lo que realmente me sentía identificado, aunque a sabiendas de que mi segunda condena sería no entrar al reino de los cielos ni tener la aprobación de muchas personas, incluyendo a algunos miembros muy queridos de mi familia.

Este marco normativo que define la identidad de género y el rol a partir del sexo por asignación, se mezcla de manera perfecta con la moral sexual religiosa. En mi caso, la religión que intentaron inculcarme en mi hogar fue la católica. Bajo este esquema religioso basado en el sacrificio y en el rechazo de lo carnal, me enseñaron que la sexualidad humana fue creada por Dios con fines reproductivos entre un hombre y una mujer exclusivamente, por ende, todo lo que se saliera de este encuadre era considerado una anomalía, un pecado.

Recuerdo que mi papá nos obligaba a ir con él y con mi abuela todos los domingos a misa de siete de la mañana. Después de la ceremonia eucarística, ya en casa, mientras desayunábamos unas deliciosas “carnitas” o un menudo calentito (platillos que yo veía y devoraba en tono de recompensa por haber aguantado una eternidad escuchando letanías que además me mareaban), él nos repetía fragmentos del sermón que había dado el sacerdote respecto a todo lo que podía ofender a Dios. Apoyado siempre por mi abuela, mi padre aprovechaba para tirar indirectas y advertirnos sobre los riesgos de arder en el infierno si elegíamos irnos por el camino de una vida disoluta y libertina. Yo ni siquiera sabía a qué se refería con “disoluta”, pero me sonaba como algo muy malo. Hasta que años más tarde, cansado de oírlo decirme una y mil veces a modo de regaño dicha palabra, investigué y supe que tal término se refería a

una persona que se entrega fácil y que va en contra de la moral. Y ciertamente mi papá tenía algo de razón, pues no soy una persona que se rija por la moral y las “buenas” costumbres católicas.

—Yo tuve un hijo hombre, no un pinche joto. Esas son chingaderas.

—No es mi culpa, yo no pedí nacer así.

—No me vengas con pendejadas, Dios hizo al hombre y a la mujer, y nada más, lo de ustedes es pura mañozada.

—Pues lo que no has de poder ver, en tu casa lo has de tener.

—Sí, si ya sé que fracasé como padre, de cuatro cabrones, tres me salieron con sus chingaderas.

—Te sientes culpable porque quieres.

—¿Porque quiero? Mira nada más qué fácil le encuentras justificación a lo que sabes que no está bien. Pero allá tú, ya estás grande y sabrás si te pudres en el infierno. Yo les enseñé el camino del bien y no voy a estar como mi vieja diciendo “qué hice mal”.

—Que vayas en contra de Dios y de lo que es natural es tu culpa y nada más.

—¿Ah, es mi culpa?

—Sí, es tu culpa, y en esta casa la gente así no es bienvenida.

Esta es la conversación que tuve con mi padre en vísperas del año 2018. Mientras me encontraba en la cocina de la que fue mi casa en Morelia preparando la pierna de cerdo que sería el banquete para la cena de fin de año. Por fin, a la edad de 29 años, había decidido hablar abiertamente de mi homosexualidad con el jefe de la casa. Después de la acalorada discusión, terminé mis tareas en la concina, metí la pierna al horno como si nada pasara y me subí a mi cuarto a drenar por los ojos esa presa de llanto que estaba a punto de desbordarse y que además me ahogaba. Por primera vez en mucho tiempo volví a querer no ser *gay*, pensaba de verdad en qué era lo que podría haber hecho o modificado en mi ruta de vida para responder a lo que Dios y la “naturaleza” habían determinado para mí.

Bordieu (2000) plantea que en la sociedad moderna se establecen relaciones de dominio a partir de las normativas o roles sexuales, donde la *doxa* masculina se impone hegemónicamente sobre lo femenino. Al mismo tiempo, señala que hemos generado hábitos sexuales y que la tradición perpetua una relación engañosa entre las apariencias biológicas y los efectos reales que éstas han producido en los cuerpos y en las mentes. Se refiere a la construcción de

los géneros y afirma que “un prolongado trabajo colectivo de socialización de lo biológico y de biologización de lo social se conjugan para invertir la relación entre las causas y los efectos, y hacer aparecer una construcción social naturalizada” (p. 13).

Dentro de esta construcción social del género, misma que normaliza usos del cuerpo, comportamientos y relaciones, puedo decir que siempre estuve más cercano a lo que socialmente se identifica como “lo femenino”. No sentía atracción por las niñas, no me gustaba el fútbol, no me gustaban las peleas, no me gustaba andar en bicicleta, no me gustaba acompañar a mi papá al taller mecánico, no me gustaba jugar al doctor, no me gustaba el karate. Yo prefería el patinaje sobre hielo, el *ballet*, la costura, la gimnasia rítmica, hacer de comer, dibujar, pintar cerámica y hacer manualidades, disfrazarme y jugar con muñecas. Esta diferencia de gustos representó un estigma durante mi infancia y mi adolescencia, una marca que, al parecer, les concedía a algunas personas el derecho de burlarse de mí, agredirme o excluirme.

El rechazo familiar y social hacia las personas que ejercemos una preferencia sexual u orientación de género distinta a la heterosexual, es de hecho una situación muy común en el país. En un estudio de carácter cuantitativo realizado por el Centro Latinoamericano en Sexualidad y Derechos Humanos (CLAM) en asociación con la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) y otras instituciones, durante la Marcha del Orgullo y la Diversidad Sexual en la Ciudad de México en 2008, se publicó que:

Lo primero que resalta de los resultados obtenidos en esta sección, son los altos niveles de discriminación y agresiones reportadas por las personas entrevistadas. Alrededor de tres cuartas partes declaró haber sufrido un incidente de discriminación (73,6%) o agresión (76,2%) alguna vez en su vida. Es decir, siete de cada diez personas entrevistadas han sido discriminadas o agredidas debido a su orientación sexual o su identidad de género” (Brito *et al.*, 2012, p. 53)

En este mismo estudio, se muestra que la mayoría de las personas entrevistadas fueron hombres (66.7%), respecto al que corresponde a las mujeres (33.3%). De esta primera división se desprenden otras variables de sexualidad atribuida, las cuales son: gay, lesbiana, homosexual, heterosexual, bisexual, travesti, transgénero, transexual, intersexual y otra. Un aspecto relevante para mí

es que del total de la población entrevistada, incluyendo todas las variables de sexualidad atribuida, 30% sufrió discriminación por su orientación sexual o su identidad de género en un ambiente religioso; 27.5% sufrió discriminación por vecinos y 25% sufrió discriminación en el ambiente familiar. Con lo que queda como manifiesto que, según esta encuesta, la discriminación se ejerce sobre todo en los ámbitos primarios de socialización de las personas.

Por otro lado, un estudio más reciente, la Encuesta Nacional sobre Discriminación (ENADIS) 2017 del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), muestra que comparado con otros tipos de discriminación, como la apariencia, la creencia religiosa y el sexo, la discriminación por orientación sexual es relativamente baja, en una comparación aproximada de 51.3% (apariencia) a un 3.7% (orientación sexual). Sin embargo, esta misma encuesta muestra que 71.9% de las personas entrevistadas opina que los derechos de las personas trans se respetan poco o nada, y a su vez 65.5% opina que se respetan poco o nada los derechos de las personas gays o lesbianas. Además de que 43.0% de las y los entrevistados no permitiría que su hijo o hija se casara con una persona del mismo sexo. Por otro lado, el estudio demuestra que los hombres tienen menor apertura y aceptación que las mujeres hacia los distintos grupos de población como personas gays, trans y lesbianas. Lo cual, desde mi perspectiva, hace fehaciente el hecho de que aún estamos en una sociedad androcéntrica, heteronormativa y que discrimina a diestra y siniestra.

Las Barbies. Un juego monstruoso

Mi abuela tenía muchas macetas con plantas y flores por toda la casa, cuidarlas era su pasatiempo y una de las pocas actividades en las que mostraba algo de bondad o cariño hacia otro ser vivo. La azotea parecía un tapiz floral o una jungla selvática, el color verde era predominante y algunas chispas de color rosa, morado o amarillo saltaban a la vista. Había muchos helechos, enredaderas, rosales, buganvillas, margaritas y otras plantas que no recuerdo sus nombres. En un tejaban hecho de madera y láminas de asbesto, mi abuela tenía tinas, cubetas y hasta un gran tambo de plástico donde guardaba el agua para regar sus plantas. Un bello escenario tropical que no podía pasar inadvertido para mí y para la colección de Barbies que mi hermana tenía en el abandono total.

Que mi hermana mostrara nulo interés por sus muñecas Barbie era una ventaja para mí, pues no había reclamos cuando yo jugaba largas horas con ellas y después las resguardaba celosamente en escondites secretos, fingiendo que no existían. Jugar a las Barbies no estaba permitido para mí, ya que esos eran juegos de niñas. De modo que ese juego representaba para mí lo prohibido y, por lo tanto, una actividad riesgosa que tenía que realizar al amparo de la clandestinidad.

Volviendo al paraíso tropical propiciado por las plantas y las tinas llenas de agua, armé una playa de ensueño con hotelazos de lujo donde había grandes piscinas y camastros para tomar el sol y hasta una zona selvática donde se podía ir de excursión en lancha. Saqué a todas las Barbies de sus escondites: “¡día de playa, chicas, vamos a tomar el sol!”. Había aproximadamente ocho guapísimas Barbies disfrutando de la playa y yo sumergido en una fantasía veraniega cuando mi madre irrumpió con un fuerte grito: “¿Qué andas haciendo, hijo de la chingada?”. Su voz sonó como un trueno que rompió de tajo el goce de mi día de playa, como si un huracán hubiera llegado sin previo aviso destruyéndolo todo a su paso.

Mi madre había subido a tender la ropa a la azotea y me encontró haciendo todo lo que no debía hacer: estaba ensuciando el agua de las tinas de mi abuela, había movido las macetas de lugar, y lo peor, jugaba a las Barbies. Sin duda, era acreedor a un castigo, yo sabía que lo peor de todo era que me había cachado con “las manos en la masa”, traía una Barbie en cada mano pues estábamos en plena sesión de nado sincronizado. Cuando mi mamá destrozó mi paraíso de verano y me miró directamente, me quedé petrificado y sin voz, como cuando dicen que “se te sube el muerto” y empecé a sentir un chorrillo de agua caliente que mojaba mi pantalón y bajaba por mis piernas, hasta llegar a mis zapatos. Sí, me oriné.

Mi mayor secreto y mi actividad ilícita habían quedado al descubierto, quería que las Barbies hubieran desaparecido mágicamente y que en su lugar hubiera estado rodeado de carritos de juguete o algo que encubriera mi falta, deseé que el tejaban hubiera tenido paredes y lamenté haber sacado a mis Barbies de excursión a la playa, me daban ganas de arrojarlas a todas al fondo del gran tambo de plástico para que mi mamá no las viera, pero ahí estaban indefensas, al descubierto y seguramente su fin sería el camión de la basura. “Me van a castigar, me van a castigar, me van a castigar, y a mis Barbies me

las va a tirar a la basura”, pensaba mientras la imagen de mi madre frente a mí cargando una tina amarilla llena de ropa se congelaba.

De pronto, mi mamá volvió a hablar, me ordenó que me bajara y no recuerdo qué otras palabras, seguro dijo alguna de sus frecuentes amenazas como “vas a ver ahorita cómo te va a ir”, lo más extraño fue que ni siquiera me pidió que recogiera el tiradero. Solté las Barbies que traía en las manos y antes de que llegaran los golpes corrí hacia las ruidosas escaleras de metal, me escabullí velozmente y dejé ahí, en el desmoronado paraíso de verano, abandonadas a mis pobres Barbies, o mejor dicho, a las Barbies de mi hermana.

Yo no sé si mamá recuerde esta escena, o cómo la recuerde, probablemente lejos de ver un paraíso de verano ella veía cubetas amontonadas con agua sucia y la tierra de las macetas regada por todas partes y, en lugar de los hoteles de lujo, veía tabiques apilados peligrosamente. Tampoco sé si se dio cuenta de que me oriné o precisamente eso fue mi escudo protector, pues ese día no hubo castigo físico, ni se tocó el tema nunca más, aunque las Barbies, por supuesto, sí desaparecieron. Lo cual no fue impedimento para seguir jugando ese “juego de niñas”, pues al no haber Barbies, yo hacía mis propias muñecas con plastilina.

Pienso que quizá mi juego de Barbies representaba algo “monstruoso” tanto para mi madre como para otras personas, e incluso para mí, pues ello advertía o daba señales de algo que me definía desde pequeño en los márgenes de la normatividad de género. Cuando hablo de monstruoso, me refiero al sentido tal y como lo describe Fernández (2013), quien afirma lo siguiente:

Si tomamos su acepción griega, se refiere a lo intermedio, lo mezclado, lo ambivalente, lo desordenado, lo horrible y fascinante a la vez. Desde su acepción latina, algo es monstruoso en tanto muestra: muestra aquello que no debe advertirse. Mostrar lo monstruoso es desocultar aquello que en una cultura debe permanecer invisible (p. 25).

El cuadrilátero

Así como jugar con muñecas Barbie era algo que no debía hacer, tampoco eran bien vistos mis ademanes, ni por mi papá ni por mi mamá ni por mis hermanos ni por los chicos de la cuadra. Mi hermano y mi hermana mayores me

decían frecuentemente “pareces niña”, “eres joto”, “te gustan los niños”, “mari-cón” o “Simón” (haciendo alusión a la canción de “El gran varón” de Héctor Lavoe), cuando seguramente al hablar movía las manos con vehemencia para expresarme. Creo que el hecho de que me insultaran tenía que ver con el manejo de una corporalidad feminizada, ser “delicadito” era suficiente motivo para ser señalado despectivamente por los demás, pues eso representaba una desviación; sin embargo, cuando otros niños me insultaban o me golpeaban en la calle por “parecer niña”, mi hermana y mi hermano eran mis defensores, sobre todo mi hermana que era considerada como la Julio César Chávez de la cuadra. Ella ponía a raya a punta de golpes a todo aquel que se atreviera a decirme algo, de hecho, casi todos los niños de la calle conocieron los puños y patadas de mi hermana.

Mi mamá, por su parte, cuando observaba que me ponía las manos en la cintura, quebraba la muñeca o cruzaba la pierna, me decía “no le hagas así” (imitándome). Yo podía notar en su cara cierta preocupación y enojo. Cuando recibía esos regaños a veces sentía ganas de llorar y un ardor en el estómago, pues me parecía injusto que me regañara por algo que yo no podía controlar, que ni cuenta me daba de cuando lo hacía. Aunque, también sabía que yo podía moverme como quisiera mientras ella no se diera cuenta, y así lo hacía. Me encerraba en el baño y desplegaba interminables sesiones frente al espejo, imitando a las artistas y observándome hacer las poses y ademanes refinados, despectivos y elegantes de las villanas de las telenovelas que veía.

Mi papá poco decía, aunque era evidente su incomodidad, cuando a la hora de la comida yo ponía los codos sobre la mesa y doblaba la muñeca o cuando agarraba el tenedor con la delicadeza de una señorita educada en convento. Él desviaba la vista hacia otro lado o la dirigía a mi mamá. En ese juego de miradas en el que mi padre evitaba ver mis movimientos y en silencio solicitaba a mi mamá que me reprendiera, pues ella era la encargada de la crianza. Yo sentía cómo se iba abriendo una zanja profunda entre él y yo, para mí era muy clara su desaprobación e incluso se me iba el hambre. Me daba asco verlo comer, me parecía estar viendo una escena de los documentales de animales que pasaban en la tele, donde un lobo hundía el hocico en las entrañas de un venado y el chasquido de su masticar me taladraba la cabeza hasta que no podía más y le decía “cierra la boca cuando mastiques”, de modo que empezábamos a discutir y la mesa se convertía en un cuadrilátero. La hora de la comida frecuentemente era la hora de las batallas familiares.

Analizando esta experiencia en términos foucaultianos, considero que mi madre era la instancia de poder que trababa de disciplinar mi cuerpo, para adecuarlo y ajustarlo a la norma moral vigente (católica), a ese conjunto de valores y reglas que determinan ciertas conductas normalizantes. Pero a su vez, de algún modo, yo intentaba subvertir estas reglas morales explorando con mi cuerpo, es decir, yo encontraba la manera de rechazar o resistir a la prohibición, aunque fuera a escondidas. Al respecto, Foucault (2009) señala que “la moral” es una palabra ambigua porque aunque establece códigos de comportamiento desde distintas instancias de poder, las formas de subjetivación del sujeto dependerán de su relación con dichos mecanismos de poder: ya sea de obediencia o de resistencia, así como de su relación consigo mismo, en ese sentido el autor afirma que:

El estudio de este aspecto de la moral debe determinar de qué manera y con qué márgenes de variación o de transgresión, los individuos o los grupos se comportan en relación a un sistema prescriptivo que está explícita o implícitamente dado en su cultura y del que tiene una conciencia más o menos clara (p. 27).

Mis aspiraciones: circo, maroma y teatro

De niño quería ser cirquero, definitivamente anhelaba estar dentro de ese mundo que me parecía tan mágico, lleno de colores y lentejuelas, donde todo era misterio, asombro y desafío, me encantaba ver que los artistas realizaran peripecias que nadie en la vida normal podía hacer. Ellos podían doblarse y meterse en una pequeña caja, cruzar una cuerda de metal en las alturas, colgarse del pelo y girar vertiginosamente por los aires sin vomitarse sobre el público, pararse de manos sobre un caballo, estar cuerpo a cuerpo con feroces animales y balancearse por los aires de un lado a otro dando maromas. Algo de toda esa rareza y exotismo me llamaba, ahora pienso que lo que me parecía verdaderamente embriagante era el uso extracotidiano del cuerpo de los artistas circenses.

Los cuerpos de los artistas circenses, al igual que los de los bailarines y actores, son resultado de su entrenamiento técnico, lo que Barba (2009) explica como la consecuencia de la utilización extracotidiana del cuerpo, misma

que supone un dominio y un derroche de energía distinto al que se requiere en la vida cotidiana. Acciones como sentarse, cargar algo, cepillarse los dientes, besar o caminar son cotidianas y requieren un principio mínimo de esfuerzo y buscan el mayor rendimiento con el mínimo gasto de energía, comenta el autor, mientras que las técnicas extracotidianas transforman y “no respetan los condicionamientos habituales del uso del cuerpo. A estas técnicas recurren quienes se ponen en situación de representación” (p. 20).

Viene a mi mente una fotografía donde estamos mis hermanos mayores, mi papá y yo en las butacas verdes de la penúltima fila del Palacio del Arte de la ciudad de Morelia. Esa foto es el *souvenir* de la primera vez que fui a ver un espectáculo circense y una prueba fehaciente de lo mucho que me gustaba el circo. Busco la fotografía en el empolvado álbum familiar y la observo a detalle, lo que salta a mi vista es la boca abierta y las cejas levantadas de un niño que viste pants y chamarra en color rojo, sus ojos se perciben atentos, abiertos y brillantes como los faros de un automóvil. Sentado en la butaca número 66, en contraste con las expresiones faciales de sus acompañantes, en su minúsculo y delgado cuerpo no cabe el asombro. Quisiera recordar qué era exactamente lo que estaba viendo en ese momento, pero ni al ver la fotografía puedo lograrlo; sin embargo, a la distancia de los años, al observarme de niño en ese retrato, con la cara llena de sorpresa, sentado al lado de mi padre, siento una especie de complicidad y una gratitud inmensa con él por haberme llevado a presenciar de manera vívida algo que marcó mi ruta.

Un día en casa de una tía, de esos domingos de visita familiar, una prima varios años mayor que yo, me preguntó que qué quería ser de grande, yo con toda la seguridad del mundo le respondí que cirquero, “te vas a morir de hambre”, me dijo, lo cual no entendí, pues yo veía a los artistas del circo muy vivos y casi con poderes sobrehumanos. A mi prima le causaban risa mis respuestas, probablemente por la convicción con que le respondía y por lo descabellado que a ella le resultaba que un niño de siete años viera en el circo una posibilidad de futuro. Cuando ella me decía “puedes ser licenciado, bombero, doctor o astronauta”, yo respondía muy solemnemente que no, que iba a ser cirquero. Con el paso del tiempo esa idea se diluyó o mejor dicho se transformó, pues durante mi infancia la idea de lo que quería ser de grande sufrió una metamorfosis de cirquero a pintor, de pintor a actor y de actor a bailarín. Finalmente siempre estuvo presente la idea de ser artista, particularmente artista de la escena.

Reina de corazones

...Reina de corazones
distante y lejana pasión de pasiones,
yo soy la reina de corazones,
no puedes pretender
ni siquiera tocarme.
Reina de corazones,
el sueño de todos, propiedad de
nadie.
Yo soy la reina de corazones,
no seas estúpido ve con
tu artillería a otra parte...
(Guzmán, 1991).

Cada vez que escucho esta canción, me gusta ponerme a bailar y a imitar los pasos de *jazz* ochenteros que ejecutaba “La Guzmán” en sus presentaciones en *Siempre en Domingo*, un programa de televisión que veíamos con mi familia los fines de semana por la noche y que en gran medida dictaminaba mis gustos musicales. Cuando me muevo al ritmo de “Reina de corazones” me visualizo sensual y rebelde, me siento acompañado y guiado por la voz rasposa de la cantante, pero sobre todo viene a mi mente la actitud de seguridad reflejada por esta mujer, cuando en su espectáculo miraba directamente a la cámara o al público y seducía a los espectadores con sus desplazamientos cadenciosos y certeros por todo el escenario. Giros, lanzados de piernas y movimientos rápidos de cabeza que hacen que el cabello cobre vida propia y vuele al unísono de la batería y las guitarras, así como un marcado movimiento de hombros arriba y abajo; son los pasos que ella hacía en sus espectáculos y que yo trato de imitar para hacer tributo a la grandeza de una artista con una corporalidad libre y eficaz en la transmisión de emociones y energías. Corporalidad con la que me identificaba plenamente cuando era niño y aún hoy en día.

Además de que esta canción me sigue resultando placentera y exquisita, cuando la bailo con total desinhibición, ya sea en las fiestas con amigos o a la hora de hacer el aseo en mi casa, esta pieza musical trae a colación otra de mis anécdotas de pequeño. Tratando de recapitular mi infancia, le pedí a mi hermana mayor que me escribiera una carta donde me expresara sus impresiones

y memorias de cuando éramos niños. Entre varias cosas que concuerdan de manera exacta con mis propios recuerdos, como mi interés por el circo, mi gusto por sus Barbies y las festividades del Día de las Madres, en donde junto a mis primas protagonizábamos el *show* que acompañaba el postre, mi hermana me comentó que en una ocasión mi papá nos inscribió a unos talleres de pintura en la Casa de la Cultura de Morelia y que, a la hora de la salida, cuando él regresó por nosotros, yo le dije que ya me había cambiado de taller porque quería ser actor.

“Tú solito te fuiste a buscar lo que a ti te gustaba”, comenta mi hermana. Y la verdad es que sí recuerdo claramente que pedí permiso para ir al baño y me fui a explorar por toda la Casa de la Cultura, incluso la planta alta, que era totalmente desconocida para mí. En tal expedición, lo que llamó mi atención fue el salón de teatro, así que me quedé ahí afuera asomándome por un pequeño hoyo de la puerta, hasta que después de un rato la maestra me vio y me invitó a pasar. Yo sin dudarle me metí.

La Casa de la Cultura de Morelia hace siglos fue el convento de la Orden de los Carmelitas Descalzos, es un imponente edificio colonial de canteras rosas con amplios jardines, varias fuentes, amplios salones, ágoras, cúpulas y refractarios. Este recinto, gracias a que quedaba a unas cuerdas de mi antigua casa, fue el primer lugar donde tuve un acercamiento más profundo a las disciplinas artísticas. Cada verano mi papá nos inscribía a mis hermanos y a mí a los cursos y talleres artísticos que ahí se ofrecían, él siempre nos metía al taller de pintura, de grabado o de creación de alebrijes. Cursos a los que yo iba con todo el entusiasmo del mundo, de hecho, al acercarse las vacaciones de verano yo pedía con insistencia a mi papá que nos llevara a la Casa de la Cultura y, hasta eso, sí nos llevaba, aunque siempre nos decía que sólo en vacaciones. Al entrar en vigor el nuevo ciclo escolar yo sabía que tenía que despedirme de esas mañanas en las que, embarrado en pintura, pegamento y yeso, disfrutaba de un leve olor a solventes y madera. Sin embargo, ese verano fue algo distinto, yo había decidido cambiarme de curso; no me importó que mi papá me regañara por haberme salido de la clase, ni que me dijera que ya había comprado los materiales, yo estaba seguro de que quería estar en el taller de teatro, pues ahí no implicaba estar sentado, podíamos correr, acostarnos, saltar y hacer todo lo que no estaba permitido normalmente en un salón de clases.

Finalmente convencí a mi papá y me quedé en el taller de teatro para niños, donde me acoplé inmediatamente a las dinámicas y juegos que la profe-

sora ponía y, aunque era miedoso, me integré fácilmente con los demás compañeros y compañeras de clase. Un día la tarea fue preparar una canción para presentarla ante el grupo, era una especie de *lip sync*. Me emocioné muchísimo, o sea, iba a hacer lo que siempre hacía en la sala de mi casa. Sin embargo, pronto esa emoción se desvaneció y comencé a preocuparme, pues ¿qué iba a cantar?, si todas las canciones que me sabía eran interpretadas por mujeres. Qué estrés. Yo quería cantar “Reina de corazones” de Alejandra Guzmán y dominar el escenario como ella, pero si hacía eso se iban a burlar de mí. En verdad estaba desilusionado y ni ganas tenía de ir a esa clase donde mostraríamos nuestra tarea, ¿cómo iba a cantar una canción de mujer?, pensaba.

Recuerdo que en una vieja grabadora negra de dos puertas escuchaba mi casete de Alejandra Guzmán. Ponía una y otra vez la misma canción, “Reina de corazones”, y me imaginaba bailando como ella, me visualizaba libre y un poco alocado, pero era más el temor que tenía a que mis compañeros se rieran de mí. Afortunadamente, en esa misma cinta estaba la canción de “La plaga” y aunque esa versión era la de Alejandra, yo sabía que aquella canción era originalmente de un hombre, ya que la había escuchado en la colección de casetes de *rock and roll* en español de los años sesenta que mi mamá guardaba en el librero de la sala. Así que inspirado y movilizado por una idea que yo consideraba muy audaz, llevé a cabo un plan muy astuto para evitar las burlas. Calculando el terreno, o como se dice coloquialmente, “tanteándole el agua a los camotes”, me acerqué a mi papá y le pregunté:

- ¿Quién canta la canción que dice “ahí viene la plaga”?
- Uh, hijo, esa es viejísima. La cantaba Enrique Guzmán.
- ¿El papá de Alejandra?
- Sí, ese mero. ¿Por qué?
- Nomás, es para una tarea.

No dije nada más y contento fui a preparar mi tarea de teatro con mi nueva opción musical. Estaba seguro de que era una canción unisex, y yo iba a ensayar la versión de “La Guzmán”, si alguien me llegaba a decir algo, yo les diría que era una canción que cantaba Enrique Guzmán en los sesenta y que por lo tanto yo la podía cantar, pues también era de hombres. Así que con mi plan y mis argumentos previamente ensayados, al igual que los pasos de baile que acompañarían mi *lip sync*, llegué a la clase de teatro listo para la presentación.

Varios compañeros fueron pasando al frente e hicieron sus demostraciones. Yo, aunque quería pasar, me contenía, tenía una doble sensación. Me sentía como un caballo en un cajón de encierro. Tenía los músculos de las piernas tensos y listos para emprender la carrera, pero a la vez estaba atado a las cadenas de la vergüenza.

No sé a ciencia cierta cuánta gente pasó antes que yo, pero sí recuerdo a un niño regordete que cantó una canción del programa infantil *Barney y sus amigos*. Este chico, incluso llevó unos corazones hechos en papel terciopelo y los repartió a cada uno de los talleristas presentes, para que mientras él cantaba le hiciéramos coro al ritmo de “te quiero yo, y tú a mí, somos una familia feliz...”. Creo que el valor y la naturalidad de ese niño sirvieron de empujón para que yo me animara a tirar el muro de vergüenza y lanzarme como caballo desbocado al centro del salón para hacer mi número. De modo que cuando la maestra preguntó “¿Quién quiere pasar?”, yo ya estaba parado en el centro del salón con mi casete en la mano.

Cuando me acerqué a la maestra para darle el casete, me sudaban un poco las manos y tenía la misma sensación que tengo a la fecha cada que subo al escenario antes de dar el primer paso. La sensación de un enorme hueco en el estómago. Le entregué la cinta a la maestra y me dijo que cuál canción quería, yo con una voz trémula contesté que la de “La plaga”. No sé si la maestra notó en mi voz ese aire de indecisión o vio el nerviosismo en mis ojos que revoloteaban por todos lados, pero me dijo: “puede ser la canción que tú quieras”. Entonces sentí cómo el cuerpo me hormigueaba y a la vez temblaba por aquella energía que tenía atrapada dentro de mí, y que como una olla de presión estaba a punto de explotar, de modo que aventé la frase: “Reina de corazones, quiero ‘Reina de corazones’”.

Comencé a mover los labios sobre la voz de “La Guzmán”. No recuerdo los pasos dancísticos que hice ni los desplazamientos a lo largo y ancho del salón, pero sí me vienen a la mente las caras de algunos de mis compañeros, con sus ojos abiertos al máximo y sus bocas apretadas. Supongo que esa canción me provocaba lo mismo que ahora que la escucho, aunque creo que en ese entonces la sentía con un poco más de intensidad, por ello los rostros desconcertados de los demás niños y niñas del taller. Recuerdo también la mirada de mi maestra que me seguía dulcemente por donde me moviera y eso me daba seguridad para continuar con el *show*.

Al terminar mi actuación hubo un silencio, parecía que habían enmudecido, aunque yo notaba las burlas a punto de salir como vómito por las bocas de ciertos compañeros. El mutismo se prolongó, hasta que la maestra rompió el silencio con un “muy bien, aplausos”. Acto seguido, los compañeros y compañeras aplaudieron. Después de haber realizado mi actuación tuve una sensación liberadora, pero también de culpa. Me sentía orgulloso y avergonzado a la vez. Esa sensación dicotómica me ha acompañado en muchos momentos, sobre todo cuando se trata de actuar con rectitud sobre ciertos marcos heteronormativos.

Recuerdo que al salir de esa clase, una compañera se me acercó y me preguntó: “¿Eres niña?”. Sentí un calor intenso que venía de la planta de los pies y se me subía hasta la cara, le dije o le grité “NO” y me fui corriendo por los laberínticos y oscuros pasillos de la planta alta de la Casa de la Cultura (no es mentira que esos pasillos me resultaban y me siguen resultando complicados y confusos), de tal suerte que al salir huyendo de la pregunta de la niña, me equivoqué de salida y fui a dar a un lugar desconocido, un pasillo estrecho con múltiples puertas, ese lugar correspondía a lo que habían sido los dormitorios de las monjas hace cientos de años.

Al final de ese pasillo había una escultura de hierro oxidado con la forma de un Cristo crucificado, a mí, en lugar de evocarme la imagen de Jesús el hijo de Dios, me parecía una gárgola demoníaca. Estaba muy asustado y perdido, sentía que las paredes se estrechaban y se plegaban entre sí y que el pasillo se hacía más largo. Me di la vuelta y no reconocía ninguno de los arcos o puertas y justo cuando empecé a llorar escuché cerca unas risas y murmullos, así que a tientas seguí el sonido y llegué a las grandes escaleras que daban a la planta baja. Aunque agitado, sentí que ya no me costaba trabajo respirar y que las paredes volvían a su lugar. Bajé las escaleras recargado sobre el borde de la pared como si fuera mi guía, salí a los baños, luego a un pequeño patio y después al gran patio central donde estaba una imponente y chorreante fuente al centro.

Me regresé a mi casa caminando, aún sintiendo mis pasos débiles y bajo un sol que me tumbaba las pestañas hacia abajo. Llegué a mi casa con una extraña sensación y sin ganas de regresar a mis clases de teatro. En efecto, no volví a dichas clases, no sé si por la pena y la vergüenza que me dio cuando la compañera me preguntó que si yo era niña o si por mi asfixiante episodio de extravío en aquella laberíntica planta alta de la Casa de la Cultura, pero

no regresé a mis clases de teatro ni ese verano, ni ningún otro. Me sentía más cómodo y seguro fantaseando con ser artista en la sala de mi casa, hasta que posteriormente, ya en la adolescencia, encontré en danza contemporánea un refugio para expresar mi corporalidad libremente.

La vergüenza, explica Brown (2012), tiene que ver con el hecho de sentirse incómodo ante una experiencia, acto cometido o una actitud que consideramos inapropiada ante los demás, implica renunciar a la propia autenticidad con tal de obtener la aprobación de los otros. “Cuando los vientos de la vergüenza me azotan por todas partes, me resulta imposible encontrar un enfoque positivo de la situación o recordar algo de mí misma” (pp. 36-37), expresa la autora. Y en efecto, tras mi *lip sync*, entré en una crisis de vergüenza, en la que no fui capaz de reconocer mis méritos por atreverme a cantar y bailar la canción que yo realmente quería. Brown también comenta que la mejor forma de superar la vergüenza es armarse de coraje, enfrentar la situación y pedir ayuda, contárselo a alguien; sin embargo, a esa edad yo no podía comentarlo con nadie, porque las veces que llegué a preguntar algo al respecto en mi casa, me citaban pasajes bíblicos, y eso me hacía sentir que yo era contra natura y culpable. No fue sino hasta muchos años más tarde cuando pude hablar y compartir abiertamente con amigos los odios y afecciones de mi preferencia sexual y mis identificaciones con el género femenino. Antes todo era guardar, guardar, guardar.

Referencias

- Álvarez-Gayou, J. y Camacho, S. (2013). *Los rostros de la homosexualidad. Una mirada desde el escenario*. México: Manual Moderno S. A. de C. V.
- Barba, E. y Savarese, N. (2009). *El arte secreto del actor. Diccionario de antropología teatral*. México: Escenología A. C., ISTA, Instituto Queretano de la Cultura y las Artes.
- Barnsley, J. (2008). *El cuerpo como territorio de la rebeldía*. Venezuela: UNEARTE Artes.
- Bordieu, P. (2000). *La dominación masculina*. España: Anagrama S. A.
- Brito, A., Jiménez, A., Sívori, H., Lacerda, P., Glokner, N. y De la Garza, L. (2012). *Política, derechos, violencia y sexualidad. Encuesta Marcha del*

- Orgullo y la Diversidad Sexual Ciudad de México 2008*. México: CLAM, Instituto de Medicina Social.
- Brown, B. (2012). *Los dones de la imperfección*. España: Gaia Ediciones.
- Fernández, A. y Siqueira, W. (eds.). (2013). *La diferencia desquiciada. Géneros y diversidades sexuales*. Buenos Aires: Biblos.
- Foucault, M. (1999). (13ed.). *Historia de la sexualidad 2. El uso de los placeres*. México: Siglo XXI Editores.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). (2018). *Encuesta Nacional sobre Discriminación (ENADIS) 2017*. (Comunicado de prensa núm. 346/18). Recuperado de: https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2018/EstSociodemo/ENADIS2017_08.pdf.
- Guzmán. A. (1991). “Reina de corazones”. En *Flor de papel*. [Spotify]. México: Melody Digital.

